

LEIRIS, MICHEL. *A África fantasma*. São Paulo: Cosac Naify, 2008. 684 p.

FERNANDO GIOBELLINA BRUMANA

Aparece la edición brasileña de esta obra, la primera traducción de la que es objeto, setenta y cuatro años después del original francés; una apuesta editorial tal se sustenta en el mayor y mayor interés que gira en circuitos más y más amplios sobre Michel Leiris, figura hecha en buena medida de este libro. Nadie hubiera dicho en 1934 que tendría tanta vida pues sus primeros pasos no fueron nada buenos. La primera edición tuvo mil ejemplares de los que, a pesar de haber salido en la prestigiosa Gallimard, se vendieron poco más de seiscientos hasta que, en 1942, el gobierno colaboracionista de Vichy prohibiese su distribución y ordenase la destrucción de los ejemplares sobrantes, aunque este último extremo es algo confuso. Si el éxito ante el gran público fue nulo, su recepción por los mandarines de la etnología francesa fue mala: Mauss le reprochó su falta de seriedad, su carácter tan literario, y la posibilidad de que pusiese en peligro el desarrollo de la etnografía francesa. Rivet –el entonces director del Museo del Hombre– también manifestó su disgusto. Rivière, sub-director del museo, nada manifestó en público, pero en su correspondencia se declaró ‘acongojado’. Griaule, directamente afectado por *L’Afrique...*, entre más cosas, se sintió traicionado por la publicación; su rechazo se continúa hasta la actualidad en las campañas de su hija Geneviève.

En gran medida, Griaule tenía sus razones para sentir lo que sentía y Leiris sabía de antemano que tendría grandes resistencias a la publicación del libro, por eso se lo ocultó hasta al final, aunque en la primera edición pusiera su

nombre en la dedicatoria. Como consecuencia, se produjo la ruptura de una amistad que tenía seis años. Se habían conocido en la redacción de una publicación cultural de vanguardia en la que ambos trabajaban, *Documents*, poco después de que Griaule llegase de una estancia en Etiopía tras una investigación lingüística. Comenzó entre los dos jóvenes –Griaule tenía treinta y un años, Leiris, veintiocho– una relación que desembocó en la propuesta que aquél le hizo a éste de formar parte de la misión que estaba preparando.

Esta Misión, la Dakar-Yibutí, significaba la inauguración por todo lo alto de la etnografía francesa, raquílica en la época por comparación con la de su entorno europeo. El proyecto era extraordinario, al igual que su realización: una expedición que atravesó el continente africano en algo más de un par de años recogiendo desde objetos de todo tipo y animales vivos hasta muy amplios registros de antropología física, etnográficos, lingüísticos..., con un equipo de una docena de miembros y un ejército de servidores nativos que en algunos momentos fue superior a los doscientos hombres (ayudas de cámara, muleros, camelleros, cocineros, cargadores, etc.). Aventura colonial, sin duda, que encendió la imaginación colectiva mediante un hábil y masivo empleo de la prensa –nunca repetido en la historia de la disciplina– y así logró el apoyo del parlamento y, con ello, la concesión de ayudas institucionales y privadas de la suficiente magnitud como para que pudiera realizarse. En su acción recaudatoria, Griaule & Co. llegaron a organizar un match

de box en el Cirque d'Hiver, en el que la figura de destaque era el campeón mundial de peso pluma, un dandy negro y panameño llamado Al. Brown, al que asistieron muchos notables (duques, condesas, políticos...) y gente prominente del mundo de la cultura, el ambiente con el que el propio Griaule, Leiris y Rivière tenían profundas relaciones. La partida de los expedicionarios no cortó los pedidos de dineros; de ello se encargó Rivière, en continua comunicación postal con Griaule y Leiris.

Ninguno de los componentes del equipo, gran paradoja, tenía experiencia alguna en trabajo de campo, salvo su jefe por la experiencia etíope. Leiris era un indocumentado etnográfico; tenía en su haber sólo la asistencia a algún curso de Mauss y unas pocas lecturas. Su interés por este campo de estudios se había mostrado en varios artículos en *Documents*, pero no pasaba de la postura de un aficionado. El largo viaje entre el Atlántico y el Índico fue para él de iniciación, sin ninguna evocación mística, aunque sí haya pasado por un rito de pasaje, una 'muerte', la de la adscripción al surrealismo, y su nacimiento como hombre de etnografía, dos formas de conocimiento, alguien lo ha dicho, incompatibles.

Parte de la labor primera que Griaule había dado a Leiris —la de secretario-archivista, la de memorialista— está condensada en las agendas que ahora se conservan en la biblioteca Éric de Dampierre en Nanterre, para los años 1931 y 1932, además de unas páginas sueltas correspondientes a 1933. Este material, sin duda útil e interesante, es muy poco. En ese sentido, el reproche de Griaule y sus allegados de que Leiris no había cumplido con su compromiso no carece de validez. Pero por otro lado, el registro diario que llevó a cabo durante la misión, lo que es *A África...*, quizás a largo plazo constituya lo que hoy más conserve su memoria.

Además, Leiris hizo un gran trabajo administrativo del cual sólo tenemos noticia por la

documentación guardada en los archivos: decenas de albaranes con envíos de los millares de piezas que se embarcaban periódicamente para el Museo y otras instituciones, cartas en las que pregunta cómo salvar de las termitas los objetos de madera, propaganda institucional... Pero también estaba su meticuloso y exhaustivo trabajo como etnógrafo hecho a sí mismo, del que derivó un cuerpo gigantesco de fichas de campo, entre las que constan las quizás más valiosas, las que llevan el número 236, alrededor de mil, con traducciones de entrevistas, canciones, adivinanzas y demás material oral, anotaciones hechas por Leiris pero dictadas por Abba Jérôme, el intelectual etíope que le hizo de intérprete.

La cosecha etnográfica de Leiris fue en parte empleada por Griaule en *Masques dogon* pero también dio lugar a una producción bibliográfica propia, desde pequeños artículos escritos poco después de la vuelta a París hasta las obras posteriores y mayores: *La langue secrète des Dogons de Sanga* —tan poco conocido, de tan alta calidad— y *La possession et ses aspects théâtraux chez les éthiopiens de Gondar*.

Leiris se había planteado *A África Fantasma* como un experimento (anti) literario, la redacción de un diario que después fuese publicado sin modificaciones; de alguna manera, una demostración práctica (de práctica de escritura estamos hablando y, al mismo tiempo, de escritura surgida de la práctica) del tedio que le provocaba la sociedad francesa, del rechazo que por ella sentía, de la hartura de la literatura, de su necesidad de acción. Eso fue lo planeado y eso fue lo hecho. En esos centenares y centenares de entradas casi diarias hay remansos, momentos para el aburrimiento, las pequeñas rabietas contra los servidores, las disquisiciones fútiles, la irritación por descubrir que los territorios por los que la misión pasaba también era parte de Europa; hay, la mayoría de las veces, la visión del desarrollo de la misión que, por su descarnada objetividad, entraba en contradic-

ción con las pretensión que Griaule tenía de darle una imagen sublime; hay por, último, los grandes momentos de extrañamiento de sí y de triste reencuentro: la estancia en país dogon –actual Mali– y, en una medida mucho más fuerte, en Gondar, Etiopía.

La llegada a Sanga, la aldea dogon que a partir de entonces se convertiría en la Meca etnográfica para Griaule y sus seguidores, aleja a Leiris del estado de ánimo que le había hecho escribir un día antes: “coisa sinistra, ser europeio”; Sanga, el mundo dogon, enciende el espíritu con una experiencia radicalmente nueva:

Estamos bem longe do servilismo da maioria dos homens que encontramos até o momento. Todos os que conhecemos, sejam negros ou brancos, ganham ares de malandros, grosseiros, engraçadinhos lúgubres perto dessa gente. Religiosidade formidável. Todos os lugares namdam em sagrado. Tudo parece sábio e solene. Imagem clássica da Ásia (29.IX.31).

Semanas más tarde, escribe a su mujer:

Aquí la religión tiene un sentido, ya que se le pide algo preciso. El amor tiene un sentido porque está oculto. La belleza lo tiene porque es involuntaria. La estupidez no existe ya que no se habla de inteligencia. Nada se hace mal, nada falta, porque no se habla de eficacia. No hay decrepitud, ni nacimiento, ya que todo está articulado en un ciclo continuo (carta a Zette del 23.X.31).

Pero este enamoramiento fulgurante no le haría olvidar, ya fuera del círculo mágico de Sanga, las condiciones generales en las que se daba esa experiencia, una práctica científica que tenía como objetivo perfeccionar las herramientas de dominación colonial:

Cada vez menos, suporte a idéia da colonização. Recolher impostos, esta é a grande preocupação.

Pacificação, assistência médica, têm um só objetivo: amansar as pessoas para que paguem os impostos. e não interfiram. Corretivos às vezes sangrentos, com um objetivo: recolher impostos. Estudos etnográficos com um objetivo: ser capaz de conduzir uma política mais hábil, que será melhor exatamente para recolher impostos (26.I.32).

El otro gran momento, el más duradero también, fue la estancia improvisada en Gondar, una ciudadela con castillos medievales en las altas planicies de una Etiopía desgarrada por guerras internas y al borde de la invasión de Mussolini, frente a cuya frontera Leiris escribe:

Eis, enfim, a ÁFRICA, a terra dos 50° à sombra, de comboios de escravos, de banquetes canibais, de mortos vivos, de tudo o que é carcomido, corroído, perdido. A silhueta alta do famélico maldito que sempre me assombrou¹ se levanta entre o sol e eu. Ando à sua sombra, sombra mais dura, porém mais revigorante que o mais cintilante dos raios do sol.

En Gondar se desarrollaba un culto de posesión, el de los espíritus zar, a cuyo estudio se dedica Leiris.

Preferiria ser possuído que estudar os possuídos, conhecer carnalmente uma ‘zarina’ que conhecer cientificamente todas suas circunstâncias. O conhecimento abstrato, para mim, nunca deixará de ser a pior das hipóteses (23.VII.32).

Pero el autor se engañaba. La posibilidad –o lo que él suponía posibilidad– de tal comercio carnal lo paralizaría poco después de esta anotación, al relacionarse con un grupo de culto dirigido por una mujer, cuya hija, Emawayish, le hace perder la cabeza. Comienza un prolongado galanteo; una primera referencia.

Emawayish, a bela – embora um pouco murcha – princesa de cera. [...] essa mulher de aspecto tão calmo, tão reservada – apesar dos arrotos poderosos que solta quando come *injéira*. [...] Chego até achar essa mulher muito mais bela do que murcha (17.VIII.32).

De esta imagen, con el tiempo, se llega a esta otra, tan enraizada en la imaginería sexual de Leiris (por algo años más tarde, lo dice en el *Journal*, todavía pensaba en ella cuando hacía el amor con su mujer):

Lembro de Emawayish esfregar a boca depois da xícara de sangue (*em um sacrificio animal. FGB*), sem a menor preocupação de mascarar o olho, como algumas felatrizes profissionais quando lavam os dentes... (23.IX.32)

Entre un momento y otro, idas y vueltas, ataques de celos, pequeñas indiscreciones (“La mano en el culo de Emawayish, la 3ª vez que la vi”), deseos que se desatan en la cabeza pero no el cuerpo. Lo que prima: Leiris es un francés culto y burgués que pronto volverá a la vida que había abandonado con su mujer, con su cuñado-suegro *marchand* de Picasso, con sus amigos poetas, con sus Sartres y sus Simones. La *Néréide de la Mer Rouge*, como la llamará en un poema años más tarde, quedará atrás, en otra dimensión, fantasma, como el África que pronto abandonará. Así se lo dice en una carta a Zette:

Te juro que no tienes que estar celosa, ni siquiera retrospectivamente. No se trata más que de fantasmas que me han turbado (no voy a negarlo) pero nunca han sido otra cosa más que fantasmas. [...] todo lo que le puede pasar a alguien en un país así se sitúa en un plano tan diferente de nuestro plan común que todo lo que allí pueda ocurrir ocurre en un mundo aparte (carta a Zette del 31.XII.32).

Lo que no es fantasma, a pesar de todo, es la escritura; lo que no es fantasma, a pesar de todo, es la ciencia. Lo que no es fantasma es *África Fantasma*.

Los lectores en lengua portuguesa deben agradecer a la editorial Cosac Naify que agregue este texto a su pequeña pero valiosa serie de publicaciones antropológicas, sin embargo la deuda sería mucho mayor si el responsable de la edición no hubiera cometido el incomprensible error de no servirse de la edición Jamin, sino de la anterior. Con esta opción, el libro pierde muchas cosas, demasiadas. Por un lado, unas sesenta cartas –la mayoría de Leiris a su mujer Zette– que en muchos casos ofrecen una versión más densa y precisa que lo registrado en el diario, que tratan de cuestiones diferentes a las de éste o sobre el propio proyecto de escritura; algún ejemplo he dado en las líneas anteriores.

Además, las 353 notas de la edición francesa no sólo triplican las de la brasileña, sino que provienen de quien tal vez sea el máximo conocedor de Leiris, su amigo, albacea literario, editor de otros trabajos suyos, co-fundador de *Gradhiva*... Por más utilidad que tengan muchas de las notas del traductor, la comparación entre un cuerpo y otro resulta hasta injusta; como también injusto es que el lector brasileño deba conformarse con las que trae esta edición.

Las ilustraciones también muestran una gran disparidad; mientras que la edición francesa trae cerca de 150, la brasileña tiene apenas 34. Otra carencia particularmente gravosa para los estudiosos es la de los varios índices que ofrece la versión Jamin, lo que vuelve muy dificultoso el uso de este libro con cerca de 700 páginas.

Por último, las introducciones. La edición comentada cuenta con la persona que en Brasil está más capacitada para tratar la figura de Leiris, Fernanda Peixoto, quien, con buen cri-

terio, delimita su enfoque al lugar que *A África Fantasma* ocupa en la obra de Leiris, y nos brinda así una herramienta de la que la edición francesa carecía. La introducción de traductor –y responsable de las notas, recordemos–, por otro lado, revela el papel algo ambiguo que ha querido jugar; tras un par de páginas en las que justifica algunas opciones que, como tales, son obviamente discutibles (¿por qué no mantuvo ‘boy’ y se olvidó de ‘moleque’, por más prosapia literaria de la que este término goce en la literatura brasileña?), trata de cumplir una tarea que Peixoto dejó de lado, proveer al libro de un contexto histórico, político, epistémico... en tres páginas. La incongruencia y desmesura de tal pretensión vuelve aún más candente la ausencia de las magníficas introducciones de Jamin a su edición.

En fin, un gran libro, cada vez más importante en la formación de los nuevos antropólogos, cada vez más presente en las reflexiones que hacemos o deberíamos hacer sobre nuestro oficio, una bella pieza literaria, un gran documento humano, un texto-universo del que cuesta desprenderse, que hubiese exigido mayor fineza editorial.

Nota:

1. Rimbaud, supongo (FGB).

Referência Bibliográfica

LEIRIS, Michel. *Miroir de l'Afrique*. (ed. J. Jamin). Paris: Gallimard, 1996. 1500p.

autor **Fernando Giobellina Brumana**
 Professor Titular de Antropologia da Faculdade de Filosofia e Letras/
 Universidad de Cádiz.

Recebida em 30/09/2008

Aceita para publicação em 30/09/2008